

la navidad de un borracho

(CUENTO)

josé ignacio martín baro, s.i.

la navidad de un borracho

(cuento)

Jandro trabajaba en una fábrica. A primera vista, aparentaba tener unos cuarenta y tantos años, aunque no se podía afirmar con seguridad, pues se había parapetado tras un rostro inexpresivo, como esos coristas de teatro anclados en el tiempo. Su cuerpo era el de un hombre corriente. Solía ir mal afeitado y, cuando bebía, el pelo le caía sobre la frente. Sonreía poco, y hasta era mejor así, porque su sonrisa semejaba una mueca de asco, con sus dientes herrumbrosos por el orín de la nicotina. Sus ojos intranquilos, con un aire de huida, nunca estaban quietos. Solía vestir un saco largo, de color indefini-

ble, una camisa oscura -tal vez por la suciedad acumulada- y unos pantalones grises, como la niebla de invierno. En sus pies, unos inmensos zapatones negros, albarcas flotantes en las noches de lluvia. Ese era Jandro. Un hombre que trabajaba ocho horas al día, y se emborrachaba todos los sábados, domingos y días de fiesta. No tenía familia. Se ignoraba su procedencia y lo único que de él se sabía era que se le podía encontrar todas las noches en el café, aunque sólo se emborrachaba si al día siguiente no tenía trabajo. Le gustaba beber solo, pero no rehuía la compañía.

Jandro, en qué piensas? Mira a tu alrededor. Las tiendas se afanan con prisa brillante, mientras la gente, como juguetes de brisa, barzonea con ilusión. Hay bombillos, luces, sedas, color, bullicio, movimiento... Por qué quieres ignorarlo? Son las Navidades. Dicen que nace Dios. Te imaginas?

No, claró que no. Tú no te lo puedes imaginar. Simplemente, vives. Primero está el trabajo. El almuerzo, solitario, en tu casa, una chabola de doble habitación. Y más trabajo. Luego, el café. Para tí, las horas del día son como los naipes. Se barajan, y siguen igual. Dialogas con el momento presente. O callas, hundido en el ritmo de la vulgaridad.

Se diría que a Jandro le duele el alma. Pero ni él lo sabe. - No quieres saber, Jandro. Porque, quién puede impedir la claridad de un amanecer, el reír alborozado de un pajarillo, la ternura de una muerte infantil? Y, no te lo niego, tú también tienes razón. Yo sé lo que es el barro, y la humedad, la monotonía de una máquina, o el grito imperioso de una copa de aguardiente. En realidad, el mundo es así, como un claro-oscuro de Rembrandt.

Nace Dios. Y, a tí, qué? Nacen tantos niños... Tú los has visto. Los hidrocéfalos, y otros tísicos o depauperados, y otros con miembros deformes... los hijos de la vida. Niños. Todos los días nacen multitud de niños, en los que la ilusión, la belleza, las horas llenas de vitalidad y de risa han huido antes del alumbramiento.

Ya comprendo, Jandro, que, para tí, la Navidad es un día como otro cualquiera.

Son las ocho de la noche. Jandro vaga por las calles, con el dolor ~~que~~ de la indiferencia. Quisiera escapar, correr lejos de la alegría de la gente... y camina arrastrando sus grandes zapatos negros, con las manos en los bolsillos de su saco, solitario, solo.

Las casas, agazapadas en el bullicio familiar, rien con énsolencia. Música, pólvora, risas, villancicos, vitrinas luminosas. Navidad.

A fin de cuentas, a mí qué? Pueden hacer lo que quieran. Desgraciados! Esa música ya me tiene harto. La vida es absurda. Como el amor. Y luego van, y engañan a sus hijos, y les dicen que es el Niño Dios. Para qué? Para que se hagan imbéciles. Para que lleguen a la fábrica con exigencias, y le miren a uno por encima del hombro. Qué entienden ellos? Nace Dios... Cuentos!! Nace lo que a ellos les da la gana!!!

Jandro, con los codos en la mesa, bebe una copa, y otra. Rincón umbrío de café. Hasta él llega el rumor de la gente, los estallidos de la pólvora, las carcajadas de unos bebedores alegres.

Lo ves, Jandro? En esta vida, todo es un asco. Y esa gente que se alegra, qué se habrá creído? Oyes, Jandro? Rien. Ríete tú también, Por qué no? Tienes derecho. Aguardiente. Eso sí. Eso es lo único que paga. Y, a estas horas, la gente empezará a ir a misa del gallo, ebrios de comida y alegría. Cretinos! Dicen que nace Dios. Qué saben ellos? Dios. Claro. Dios son ellos. Si tuvieras plata, tú también serías Dios. No. Serías, Dios de dioses. Ahora mismo eres dios, espumeante de licor, con los ojos como agua de sangre. Te das cuenta? Todo el mundo sonrío. El mundo es una sonrisa. El mostrador sonrío. Y sonrío la botella, con sus dientes rojos. Y el vaso... ah, eso es. Ya está. El vaso es el pesebre. Los curas -te acuerdas?-, los curas decían que Dios había nacido en un pesebre. Tú naciste... a saber. Y tú mamá... ya ni la odias. Qué culpa tuvo ella? Y cuando estabas allí, en el hospicio, y las monjas, con sus togas de caracol, como esas mujeres tirobesas del ~~calenté~~ almanaque... Jandro, están sonando las campanas. Las campanas, Jandro. Es Dios que nace. Es Dios. Dios. D - I ...

Son las dos de la madrugada. Jandro, tambaleante, vuelve a su casa. Con su voz quebrada, canta muy bajito, como tratando de acunarse a sí mismo en un sueño muy dulce. Unos niños lo ven y se ríen.

- Borrachín! Borracho! Borrachín!

Y le arrojan unos totes.

- Y ustedes... ahora mismo... váyanse... saben? Porque... porque.... ha nacido... Y... perdonen, eh?... perddnen... si les falté....

Jandro, Felices Pascuas!

Y Jandro, arrebujaado, con los ojos perdidos en la nada, arrastrando sus grandes zapatos negros, llora. Lloro porque sí, porque siente una pena muy grande, un dolor invisible que le atenaza, que sabe a aguardiente ... porque todos están muy lejos de él... y le arrojan totes,.... porque él es escoria, es borracho babeante, es nada.... porque dicen que ha nacido Dios... una mentira.

Jandro, llueve. Una llovizna mansa, suave. Sientes frío, verdad? Jandro, Dios, ese Dios que dicen que ha nacido, es la lluvia.

José Ignacio Martín Baró, S.I.

San Claver , 4 de enero de 1964.